

De Inmortal a Inmortal

En el segundo artículo de opinión publicado en el boletín Valos, en Mayo de 2009, Germán Scalzo tomó la posta de escribir entre otras cosas destacando que: "Habiendo tenido el coraje -o la insensatez- de aceptar el pedido de mis amigos de Valos de escribir estas líneas, luego de la impecable, sentida y sugerente columna que nos regaló Emiliano en el boletín anterior, no pude resistir a la tentación de titularlo de esta manera. Y no fue por convicciones filosóficas o religiosas, sino por algo mucho más trivial; me lo sugirió el diálogo con otro amigo, de esos que porque piensan diferente a uno, nos hacen reflexionar sobre nuestras propias posiciones."

Por Germán Scalzo

Amigos son los amigos" dice el dicho popular, y tenemos que cuidarlos porque en gran parte, de ello depende nuestra felicidad. Habiendo tenido el coraje -o la insensatez- de aceptar el pedido de mis amigos de Valos de escribir estas líneas, luego de la impecable, sentida y sugerente columna que nos regaló Emiliano en el boletín anterior, no pude resistir a la tentación de titularlo de esta manera. Y no fue por convicciones filosóficas o religiosas, sino por algo mucho más trivial; me lo sugirió el diálogo con otro amigo, de esos que porque piensan diferente a uno, nos hacen reflexionar sobre nuestras propias posiciones. Se trata de Adam Smith, un pensador optimista que a finales del siglo XVIII sugirió que la economía podía ser un problema técnico -no ético-, sentando las bases de un modelo que se alejaría progresivamente de la racionalidad del hombre y por lo tanto de su felicidad, el "bien-ser", para centrarse en su aspecto material, el "bien-estar". Ese reduccionismo, presente en la evolución de la economía moderna, se cristalizó en la actualidad, generando un sinfín de incongruencias e injusticias.

No pretendo culpar a mi amigo Adam, mucho menos conociendo su gran preocupación por dar respuesta a una cuestión social relevante como era el "problema de los pobres", que históricamente surge cuando se pierde el sentido profundo de la producción como actividad humana, para reducirlo a productividad, un problema técnico, abstracto y cuantitativo de maximización o minimización que convierte los fines humanos en medios que se subordinan a ese principio rector que apunta a una solución única (máximo o mínimo).

Cuando en realidad, lo propio de la racionalidad humana es armonizar entre realidades cualitativas, que se resisten a la cuantificación e instrumentalización, a través de acciones concretas y consistentes, aquellas que son difícilmente auditables por un sistema de "calidad total" que certifique la "excelencia empresarial". Sin embargo, habiéndose renunciado a la profundidad ontológica de la realidad, nuestras empresas modernas tienen que orientar sus esfuerzos a lo único que hoy cuenta: el sostenimiento de un modo de ser que pueda juzgarse externamente como excelente, según parámetros que no suelen estar alineados al desarrollo del hombre y sus comunidades, en definitiva, una verdadera ficción.

La crisis económica nos ha puesto de manifiesto las limitaciones del modelo actual, los riesgos de la ingeniería financiera, y la desorientación de todos los actores sociales ante el desorden que se genera cuando la astucia ocupa el lugar de la prudencia. Hace un tiempo me referí a la RSE como una "cruzada por la dignidad" pensando precisamente en esto, porque creo que este movimiento es en realidad una reacción a este modelo económico que se construye sobre una representación irreal del hombre -el famoso homo oeconomicus-, que al prestar atención a su aspecto relacional de manera utilitaria, pierde la ordenación al bien humano, volviéndose autorreferencial a un proceso ilimitado de enriquecimiento a toda

costa. No es que no haya buenas intenciones, es que a la "hora de la verdad", los requerimientos de eficiencia son más fuertes que los humanos. Es por esta paradoja que las posiciones más genuinas, las que surgen del deseo profundo por impregnar de humanismo las empresas y la sociedad, suenan utópicas o románticas. La eficiencia es un imperativo para toda empresa, pero no absoluto ni a costa de cualquier cosa, tiene que estar subordinado, ya que generalmente es la contracara de la maximización de beneficios, causa del principal reduccionismo en la dirección empresarial.

En este cambio de paradigma, hay un aspecto que considero de especial importancia, y es el respeto por la tradición, que nos acerca los esfuerzos de nuestros predecesores, permitiéndonos dialogar con ellos y aprender de sus desaciertos. El individuo moderno es un constructo abstracto, universal, pensado fuera del tiempo y del espacio; en el fondo, una idealización totalitaria. Por el contrario, los seres humanos nos desenvolvemos en ámbitos concretos, "personales", y la formación recibida en una comunidad de carácter personal -por excelencia la familia- es lo que nos permite humanizar todos los espacios sociales que ocupemos. Sólo así aprendemos a utilizar las cosas con vistas al perfeccionamiento humano, propio y ajeno. Es por ello que decimos que la capacidad de creación de valor de la empresa reside en sí misma, en la potencial unidad de sus miembros en torno a un proyecto común que les permite manifestarse y crecer en todas sus potencialidades, y en el esfuerzo diario por hacerlo posible. Pero no de cualquier manera, sino entendiendo que la verdadera riqueza está en la calidad de este entramado relacional, interdependiente y sinérgico.

Probablemente el pensamiento economicista nos pueda parecer alejado a nuestro modo de pensar, sin embargo, está presente en la racionalidad compartida preponderante. A modo de ejemplo, un ferviente promotor de la RSE, bien intencionado como mi amigo Adam, me confesó entusiasmado haber encontrado en un gurú empresarial el concepto de riqueza que cambiaría su vida: "la cantidad de días que se puede pasar sin tener que trabajar" que en realidad, equivale al deseo moderno que se expresa en la racionalidad directiva predominante: maximizar el beneficio y minimizar el esfuerzo. Que este gurú, siguiendo a su "padre rico", haya sido un éxito comercial, es un claro síntoma de nuestros tiempos, que nos vende la falacia de que la felicidad puede comprarse; cuando en realidad la riqueza no se mide en términos de dinero -paradójicamente la gente más pobre que conozco sólo tiene mucho dinero-, sino en función de las capacidades superiores del hombre, esto es, de conocer, amar y crear singulares formas de responder a la realidad. El trabajo, lejos de ser algo negativo, es el medio gracias al cual llegamos a conocer el sentido de nuestra propia vida, en apertura a los demás, empeñando nuestras capacidades para dar y recibir, en última instancia para acoger el don.

De la misma manera, una empresa crea valor en apertura dialógica a la sociedad en la que se encuentra, desarrollando la creatividad y mejorando modos de ser, creando así nuevas capacidades para afrontar los desafíos, tanto actuales como futuros, que se le presenten. En definitiva, creo que si la RSE no nos conduce a una reflexión profunda sobre el modo de ser del hombre, no se producirá el cambio en la racionalidad imperante que pueda llevar a un nuevo paradigma. La responsabilidad social de la empresa no es un accesorio, sino su razón de ser, que es prestar un servicio, a sus miembros y a la sociedad.

Quiero terminar respondiendo a las preguntas de mi buen amigo rosarino: ¿Crees en la RSE? No, creo en el hombre. ¿A alguien le importa lo que hacemos? Me importa a mí, y a tí, y con eso basta. Es gracias a esta convicción que somos inmortales, porque así, y solo así, resistimos, creemos, y apostamos en la esperanza de cambiar para que cambie el mundo.

Germán Scalzo

MoveRSE